

LIBROS DE PROFESORES DE LA FACULTAD

Escribar, Ana, TEILHARD DE CHARDIN, ESPÍRITU DE SÍNTESIS. Ed. Universitaria, Santiago, 1981 (177 ps.).

El volumen reúne seis ensayos donde la autora trata el pensamiento de Teilhard de Chardin. Los cuatro primeros están especialmente dedicados al desarrollo de las ideas centrales del filósofo. Los dos últimos se detienen en un examen del problema del método teilhardiano y en una confrontación con otras filosofías, especialmente la de Bergson.

La ubicación del hombre en el mundo propuesta por Teilhard procura reunir en una sola concepción elementos de tradición, tan disímil, como son la teoría biológica de la evolución, el cristianismo y una metafísica cosmológica tributaria también de la ciencia contemporánea. Este "espíritu de síntesis", como lo llama la autora con razón, inicia su marcha con el reconocimiento de la oposición materia-espíritu (exterioridad-interioridad, mundo-Dios, cuerpo-alma, etc.). Pero a poco andar descubre que las partículas del universo se han organizado siguiendo un proceso de "interiorización creciente", que atraviesa también toda la escala biológica y logra en el hombre un grado notable de presencia en forma de conciencia. Teilhard extiende, pues, hacia el pasado y el futuro del universo, la condición evolutiva señalada por la ciencia en el orden biológico. El tiempo deja de ser un medio neutro donde el acontecer de los fenómenos tiene lugar: es visto como elemento constitutivo de la realidad, que alienta una dirección en la organización del universo. El tiempo orienta el curso de los fenómenos hacia un ámbito donde lo disperso se unificará, lo múltiple acudirá a lo Uno (punto Omega, Dios), donde la dualidad materia-espíritu suprime su oposición en la convergencia. La progresiva preeminencia de lo interior sobre lo exterior implica una organización más compleja de la materia, la emergencia nítida de la libertad, de manera que el universo marcharía hacia un encuentro de esos términos inicialmente disociados. Esta nueva concepción antropocéntrica reubica al hombre en el corazón del universo. En tanto portador del máximo grado de interioridad biológica, en sus manos está ahora permitir o impedir que la evolución prosiga hasta integrarse en Omega luego de desprenderse de su matriz terrestre. La conquista de nuevos niveles psíquicos es hoy tarea humana. Y la ciencia está encargada de efectuar ese progreso. Ana Escribar dice: "El hombre, resumen y cúspide momentánea de un proceso cósmico de evolución creadora, ha de entregarse con todas sus

fuerzas a la colaboración de este proceso, como única forma de realizarse a sí mismo, y de completar el mundo. Por la solidaridad del universo, la acción humana tiene un valor y una repercusión cósmicas. Las esperanzas de provenir de todo un mundo se han depositado en el hombre y éste, por tanto, carece del derecho a negar su aporte”.

La metafísica de Teilhard, echa raíces en la filosofía de Occidente. Esta ha visto, con reiterada insistencia y desde sus orígenes, la necesidad de conjeturar tras del ámbito de la materia un principio unificador que “siendo interior a lo múltiple, lo trascienda”.

El penúltimo ensayo está dedicado a examinar el procedimiento, el método de Teilhard. Destaca Ana Escribar que el filósofo se mueve en tres planos (científico, filosófico y religioso), de tal modo que “el momento filosófico actúa como mediador entre el momento científico y el momento de plenitud de la visión mística”. Las complejas relaciones entre ciencia, filosofía y religión construyen en Teilhard, a juicio de Ana Escribar, un armonioso progreso. Ciencia, filosofía y religión no sólo son “vías de acceso a planos o niveles de profundidad de una misma realidad, sino también momentos o instancias de un pensamiento que, por ceñirse a una realidad en evolución, es, también él, evolutivo”.

Particularmente penetrantes son las observaciones de la autora, cuando pone en vinculación a Teilhard con Bergson. Ambos filósofos tienen en común el intento de reivindicar la metafísica, sostener que con el hombre emerge el acto libre por primera vez en el universo, señalar las consecuencias morales de este hecho primerizo, proponer una visión de la duración con rasgos espirituales, defender, en fin, la importancia de la intuición como procedimiento gnoseológico. Pese a esas afinidades, la autora señala con acierto que “Como consecuencia de la distinción nítida que Bergson establece entre los dos órdenes de especie diferente, materia y espíritu, nos presenta la evolución como un desarrollo que avanza hacia la divergencia, por análisis de las tendencias implicadas en la unidad del impulso original. Al no hacer esta distinción, Teilhard nos presenta la evolución como un proceso convergente que avanza por síntesis progresiva desde la multiplicidad inicial, movido no por un impulso original, sino por un ‘primer motor hacia adelante’, el punto Omega, centro de convergencia final del proceso de espiritualización”.

Mérito de la obra que comentamos es la claridad expositiva para desarrollar el pensamiento de Teilhard. Su autora habla como quien ha incorporado las razones del filósofo a su propia espiritualidad, a su propio sistema de convicciones. De ahí otro mérito del libro, tan difícil en el pesimismo de esta época, el de la esperanza que transmite en un futuro mejor para los hombres. Hay tal perspectiva de sentido cósmico en la propuesta de Teilhard, a tal punto se recobra en ella la alianza del hombre con el universo, que cabe ver desde ahí a los tiempos que corren como preámbulo de etapas superiores y no, necesariamente, como de un apocalipsis próximo.

Jorge Estrella

Departamento de Filosofía
Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación